

Transiciones

Josep Fontana

Historiador

16 mayo 2016

(Traducción de Jordi Domènech)

Dos libros recientes nos invitan a revisar, a los cuarenta años de su inicio, la complejidad de lo que fue la transición a la "democracia realmente existente" en que vivimos en la actualidad, desautorizando el mito que la interpreta como un pacto de caballeros entre políticos ilustrados que miraban sólo por el bienestar de los ciudadanos.

El primero es el de Xavier Casals, *La Transición española. El voto ignorado de las armas* (Barcelona, Pasado & Presente, 2016), que redefine la imagen de la violencia durante la Transición que ya habían avanzado Mariano Sánchez Soler, Sophie Baby, Ignacio Sánchez Cuenca y Paloma Aguilar: 178 muertes a consecuencia de la violencia policial, 504 si incluimos las del terrorismo.

Casals va mucho más allá, y en un ámbito cronológico que va del atentado contra Carro Blanco hasta el 23-F, y que incluye el efecto de las presiones militares, nos muestra esta violencia no como un accidente, sino como "el voto de las armas" que tuvo una influencia considerable en la elaboración de las leyes e instituciones que definirían al nuevo régimen.

El segundo libro es el de Gonzalo Wilhelmi, *Romper el consenso. La izquierda radical en la Transición española, 1975-1982* (Madrid, Siglo XXI, 2016), que vuelve a mostrarnos la amplitud de las fuerzas que se movilizaron en el intento por liquidar el franquismo y la marginación final de una gran parte de aquellos participantes.

Todo ello es interesante para ayudarnos a reconstruir la imagen real de un movimiento que surgió como una movilización global contra el franquismo, con una participación fundamental de los sindicatos (1976 fue un año en que hubo un máximo de huelgas, con la participación de más de tres millones y medio de trabajadores), pero que se extendió también a un gran número de organizaciones sociales (asociaciones de vecinos, grupos culturales o religiosos, estudiantes, etc.), hasta el punto que, según afirma Vidal-Beneyto, "de enero de 1975 a marzo de 1976 más de 17 millones de ciudadanos ocuparon las calles españolas reclamando libertad y democracia".

De la amplitud y diversidad que caracterizó aquel movimiento es testimonio la composición de los elementos con que los dos principales partidos de la izquierda, PSOE y PCE, formaron sus plataformas: la Junta Democrática Española, fundada por el PCE en junio de 1974, la Plataforma de Convergencia Democrática que creó el PSOE en 1975, y la Coordinación Democrática, la "Platajunta", que acabó reuniéndolos a todos en marzo de 1976. Dentro de estas organizaciones hubo toda una serie de partidos menores, desde la extrema izquierda hasta los carlistas, sindicatos, organizaciones diversas y personas que se afiliaron a título individual. Estas organizaciones plantearon un programa de ruptura, de liquidación total del régimen, y propusieron un amplio conjunto de reivindicaciones que incluían, por poner un ejemplo, el derecho de autodeterminación y el autogobierno de las nacionalidades y regiones del Estado.

Pero cuando Adolfo Suárez invitó a los líderes de los dos principales partidos a negociar —obligado por el hecho de que ambos tenían una estrecha relación con las dos grandes organizaciones sindicales, CC. OO. y UGT—, se olvidaron de la ruptura y de los programas, abandonaron a las fuerzas que les habían acompañado, aceptaron pactar la supervivencia de muchos elementos básicos del antiguo sistema (los militares, la organización judicial, etc.) y se conformaron con un texto constitucional mediatizado por los militares, que tenía poco que ver con las promesas de transformación que habían expuesto hasta entonces.

Uno de los engañados en aquel proceso, el sociólogo Vidal-Beneyto, se quejaba años más tarde de la frustración de sus esperanzas: ni se había liquidado el franquismo, ni se había logrado poner los fundamentos de una sociedad diferente, más democrática y más libre, como la que definían los programas de aquellas juntas y convergencias que fueron después completamente olvidados, para ocultar cualquier rastro de la vergüenza fundacional del sistema actual, del pacto del que surgió una Constitución que elaboraron entre ellos, condicionados por el "voto de las armas", pero sin ofrecer ninguna posibilidad de consulta o discusión al conjunto de los ciudadanos.

Frente a la situación, nada satisfactoria, a la que nos ha conducido finalmente aquel pacto, quizá merecería la pena explorar las posibilidades de liquidarlo y recuperar algunas de las esperanzas que quedaron abandonadas.

Fuente original:

"Transicions", *La Lamentable*, 16 mayo 2016

<http://lamentable.org/transicions/>